

¿A QUÉ IGLESIA NOS REFERIMOS?

UNA COSA ES CIERTA, no hay carestía de iglesias. Usted podría escoger de entre los cientos de diferentes clases, desde las antiguas y orgullosas denominaciones como las episcopales y presbiterianas hasta las más recientes y avivadas como las Asambleas de Dios. Tenemos también esos varios grupos sorprendentemente numerosos que parecen brotar de la noche a la mañana.

En medio de esta diversidad, ¿qué hay de especial acerca de esta iglesia a la que nos referimos? ¿qué clase de iglesia es?

Quizá debemos comenzar con esta afirmación paradójica: lo que distingue a la iglesia cristiana es que no tiene distintivos. Esto es, no nos jactamos de ser distintos a otras iglesias bíblicas. De hecho, estamos buscando deliberadamente no ser diferentes, porque nuestra meta es la unidad, no la división. El cristianismo ha sufrido mucho tiempo debido a las profundas divisiones que han separado una denominación de otra, un cristiano de otro. Nosotros queremos ser uno en Cristo. Cuando Jesús oró «para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros» (Juan 17:21). En el Espíritu de su oración, deseamos estar unidos con todos los demás en Cristo.

Pero, ¿cómo puede ser esto?, podrá preguntar usted. ¿Es posible tal unidad?

Es obvio que esto es algo muy difícil de lograr. Algo dentro de la naturaleza humana se resiste a la unidad. Concordamos con

Robert Frost en que «las buenas cercas hacen buenos vecinos», aunque también aceptamos que algo dentro de nosotros «no ama a una pared, [sino] que quiere derribarla». Pero Dios desea la unidad, así que debe ser posible.

Las iglesias que hoy se llaman Iglesias Cristianas o Iglesias de Cristo tienen sus orígenes modernos en la frontera de Norteamérica de a principios del siglo XIX. Fue este un período de grandes desacuerdos entre las denominaciones de la cristiandad. Cuando los pioneros de América valientemente se hicieron a la vela desde sus hogares europeos hacia las tempestuosas playas de la nueva tierra, trajeron con ellos sus fuertes convicciones religiosas. Habían defendido bien su propia etiqueta del cristianismo que portaban y no iban a rendir ni una jota de su credo en su nuevo hogar. Así que los presbiterianos se colocaron en posición de defensa contra los metodistas quienes, a su vez, se defendieron contra los bautistas que no toleraron a los luteranos. No fue una época de amor ni de buena voluntad para nadie.

Inevitablemente, reaccionaron a esta mutua y abierta hostilidad. El pueblo de Dios solo continuó viéndose a sí mismo con la misma sospecha con la que veían al diablo.

Cuando la reacción se presentó, surgió un movimiento espontáneo. En Nueva Inglaterra, Estados Unidos de Norteamérica, un grupo de cristianos quiso poner fin al denominacionalismo anunciando que ellos seguirían solamente la Biblia. Otro grupo en Kentucky, y aún otro en Pensylvania, cada uno independiente del otro, sintieron que el Espíritu de unidad los movía a permanecer a favor y no en contra de los demás cristianos. Bajo el liderazgo del ministro Barton W. Stone algunos líderes presbiterianos en Kentucky publicaron «El testamento y la última voluntad del presbiterio de Springfield», haciendo morir cualquier conexión denominacional. Declararon, «es nuestra voluntad que este cuerpo muera, se desintegre y que pase a formar parte del enorme cuerpo de Cristo porque sólo hay un cuerpo y un Espíritu, así como hemos sido llamados a la esperanza de nuestra vocación...»

Los primeros líderes de lo que más tarde se llamó el Movimiento de Restauración creyeron que la unidad en Cristo fue y es posible hoy día. Sin embargo, para lograrla, los cristianos de hoy deben estar dispuestos a dejar sus tradiciones y su fidelidad a los hombres a cambio de la sola exaltación de Jesucristo. Deben regresar a la iglesia ejemplar encontrada solamente en las páginas del Nuevo Testamento. La reforma de la iglesia tiene que llevarse a cabo en su totalidad. Por una parte debemos reconocer con agradecimiento nuestra deuda a sus grandes reformadores (Martín Lutero, Juan Calvino, Juan Knox, etc.), sin embargo, la honestidad nos obliga a admitir que queda aún mucho por hacer. La única manera de determinar lo que debe ser la iglesia, y de cómo deben conducirse los cristianos, es a través del estudio de los documentos del Nuevo Testamento en los cuales las iglesias de Cristo se presentan esplendorosas y, a la vez, con sus respectivas carencias. Aunque sabemos que no existe una sola iglesia ideal que pudiéramos imitar, conocemos claramente los lineamientos de lo que ella debe ser como el Cuerpo de Cristo, la Familia en la Fe, el Templo del Espíritu Santo y el Pueblo de Dios. Así también lo es su unidad:

Un cuerpo, y un Espíritu, como fuisteis también llamados en una misma esperanza de vuestra vocación; un Señor, una fe, un bautismo, un Dios y Padre de todos... (Efesios 4:3-6).

En un esfuerzo por la unidad y separado totalmente del movimiento «Stone», Thomas Campbell, otro ministro presbiteriano, publicó su ahora famosa «Address and Declaration» en 1809. Tiempo atrás él había emigrado de Irlanda, su tierra natal, a Pensylvania. En su país él se preocupó mucho por lo cerrada que era su denominación (la iglesia presbiteriana separatista antiburguesa de la luz antigua), que era producto de una división múltiple en el pasado. Él se rebeló totalmente cuando supo que las divisiones causadas por agravios locales en Escocia dividían a los presbiterianos en Norteamérica. Al

rehusarse a excluir de la participación en la Cena del Señor a los aún no miembros de su denominación fue expulsado de su presbiterio. A estas alturas, para Thomas ya todo giraba en torno a ver quién expulsaba a quien porque él no estaba de acuerdo con políticas que eran de lamentarse.

Mientras tanto, su hijo Alejandro había llegado a conclusiones similares en sus estudios realizados en Irlanda y Escocia. Cuando padre e hijo se reunieron en Estados Unidos de Norteamérica en 1809, cada uno, por su parte titubeaba un poco en contarle al otro que había rechazado el denominacionalismo en favor del cristianismo del Nuevo Testamento. Pero cuando Thomas compartió su «Declaración» con su hijo, Alejandro dio la bienvenida a los acertados puntos de vista de su padre y, más tarde, sobrepasó a Thomas siendo líder del nuevo movimiento por la unidad.

En su «Declaración», Thomas Campbell nos dejó principios que hasta a nosotros nos suenan muy modernos. Ellos son:

1. La iglesia de Cristo sobre la tierra es esencial, intencional y constitucionalmente una; ella consiste de todos aquellos que en todo lugar profesan su fe en Cristo y su obediencia en todas las cosas de acuerdo a las Escrituras, y que manifiestan lo mismo por medio de sus caracteres y conductas y, nadie más, como ningún otro pueden ser verdadera y propiamente llamados cristianos.

2. Aunque la iglesia de Cristo sobre la tierra debe existir necesariamente en sociedades distintas y particulares, separada localmente una de la otra; sin embargo, no debe haber fragmentos o divisiones egoístas entre ellas. Deben recibirse una a la otra como también lo hizo y las ha recibido Cristo Jesús, para la gloria de Dios. Y para este propósito, todos deben conducirse bajo la misma regla, hablar y considerar la misma cosa; y estar perfectamente unidos en un mismo pensar y en un mismo juicio.

3. Para llevar a cabo esto, nada debe ser inculcado a los cristianos como artículos de fe; ni pedirles nada como requisito para participar en la comunión; sino lo que está enseñado y ordenado expresamente en la Palabra de Dios. Nada debe ser admitido como obligación divina en la constitución y manejo

de sus iglesias, sino lo encargado expresamente por la autoridad de nuestro Señor Jesucristo y sus apóstoles en la iglesia Nuevotestamentaria; ni por términos de propósitos especiales o por medio de un precedente antes aprobado.

4. No obstante que las Escrituras del Antiguo y Nuevo Testamento están inseparablemente conectadas y forman juntas una perfecta y completa revelación de la divina voluntad para la edificación y salvación de la iglesia; y, por lo tanto, no pueden ser separadas; sin embargo, en cuanto a lo que propia y directamente pertenece a su objeto inmediato, el Nuevo Testamento es la perfecta constitución para la adoración, disciplina y gobierno de la iglesia del Nuevo Testamento y una regla perfecta para las obligaciones particulares de sus miembros, así como el Antiguo Testamento fue para la adoración, disciplina y gobierno de la iglesia del Antiguo Testamento y las obligaciones particulares de sus miembros.

5. Con respecto a los mandamientos y ordenanzas de nuestro Señor Jesucristo, donde la Escritura guarda silencio referente a expresar el tiempo y la forma de ejecución, si hubiere alguna; ninguna autoridad humana tiene poder de interferir queriendo suplir la supuesta deficiencia al hacer leyes para la iglesia; ninguna cosa será requerida de los cristianos en tales casos, sino solamente que observen estos mandamientos y ordenanzas como evidentemente responderá el declarado y obvio final de su institución. Mucho menos tiene poder ninguna autoridad para imponer nuevos mandamientos u ordenanzas a la iglesia que nuestro Señor Jesucristo no ha aprobado. Nada debe recibirse en la fe o adoración en la iglesia, ni debe ser término de comunión entre cristianos, que no sea tan antiguo como el Nuevo Testamento.

6. Aunque las inferencias y deducciones hechas de premisas escriturales, cuando sean verdaderamente inferidas, pudieran ser llamadas satisfactoriamente la doctrina de la Santa Palabra de Dios: aún así, no están uniendo formalmente sobre la conciencia de los cristianos más allá de lo que perciben como conexión y, evidentemente, observan que así son; para su fe no

deberán apoyarse en la sabiduría de los hombres, sino en el poder y la veracidad de Dios; por tanto, no se puede hacer deducción en términos de comunión si no pertenece propiamente a la edificación posterior y progresiva de la iglesia. Estando de acuerdo que tales deducciones o verdades inferidas no tienen ningún lugar en la confesión de la iglesia.

Existen más proposiciones, pero éstas son suficientes para mostrar el poco común y buen juicio de Campbell. En las siguientes décadas, miles más comprenderían que también ellos querían ser cristianos solamente, sin las complicaciones de la denominación. Serían, así, parte de este gran movimiento por la unidad, influencia que todavía está creciendo en el siglo veinte. Esta congregación forma parte del mismo esfuerzo por derribar paredes innecesarias entre cristianos.

¿Cómo, pues, podemos resumir qué clase de iglesia es ésta? Los siguientes diez términos te ayudarán a entender la naturaleza de la congregación con la que te estás reuniendo.

1) *Una iglesia Cristiana*

Nuestro mensaje es que «Jesús es el Cristo, el Hijo del Dios viviente». No necesitamos otro credo más que éste. Sólo él es el Señor y el Salvador.

2) *Una iglesia de Cristo*

La iglesia pertenece a Jesús. No tenemos autoridad para cambiar las enseñanzas, volver a escribir las reglas, ofrecer calidad de miembro alterada con nuevos requisitos o usurpar su autoridad. En un sentido estricto, la iglesia no es una democracia en la que el voto de la gente pueda gobernar por sobre los mandamientos del Señor.

3) *Una iglesia que busca unidad*

Así como los Campbells, Stone y miles más al comienzo del siglo diecinueve, así como incontables de miles a través de la historia, los miembros de esta iglesia buscan ser uno en Cristo con todos los demás a quienes Jesús llama suyos.

4) *Una iglesia que busca restauración*

Estamos tratando, tanto como sea posible, de imitar los precedentes que tenemos en el Nuevo Testamento. Por eso es

que nuestro bautismo es por inmersión, el partimiento del pan es cada Día del Señor (domingo), nuestros líderes se llaman ancianos, nuestra predicación es acerca del Cristo y nuestras oraciones son en el nombre de Jesús. Hasta el nombre de la iglesia es una manera de imitar a los primeros discípulos, a quienes les llamaron cristianos por primera vez en Antioquía (Hechos 11:26), y a las congregaciones locales a las cuales se dirigían frecuentemente como «las iglesias de Cristo (Rom. 16:16)».

5) *Una iglesia apostólica*

La iglesia que cita Efesios 2:19 y 20 fue «...edificada sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo». Todo lo que conocemos acerca de Cristo y la iglesia, lo hemos aprendido a través de las enseñanzas y escritos de los compañeros más cercanos de Jesús, los apóstoles. Por tanto, estudiamos cuidadosamente el Nuevo Testamento, porque registra sus testimonios. Queremos edificar sobre un fundamento que no sea otro sino en el que Cristo designó.

6) *Una iglesia que piensa*

En la misma carta a los Efesios, Pablo ora porque Dios nos dé «espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él, teniendo los ojos de nuestro corazón encendidos... (Ef. 1:17,18)». La fe cristiana demanda lo mejor que nuestras mentes puedan dar. Así que, somos una iglesia que estudia, queriendo conocer lo que la Biblia enseña y cómo poder aplicar inteligentemente su enseñanza al mundo de hoy.

7) *Una iglesia que siente*

La iglesia de la cual somos miembros tampoco es un intelectual y frío acercamiento a Dios. Nos regocijamos en el Señor, alabamos y oramos, amamos y servimos de corazón. Estamos tan emocionados con nuestro Señor y el servicio que le rendimos, como cualquier fanático de fútbol lo estaría de su equipo predilecto. No nos avergonzamos del evangelio ni nos apenamos por mostrar nuestra emoción ante los demás.

8) *Una iglesia que comparte*

Debido a la emoción que sentimos por Cristo, compartimos ávidamente con otros las Buenas Nuevas acerca de Jesús.

Anhelamos ganar para él a tantas personas como sea posible. Así que compartimos nuestra fe. También compartimos nuestras posesiones. Nuestro dinero, nuestra propiedad, nuestras vidas pertenecen al Señor; queremos usar todo lo que tenemos para ayudar a su causa y ser buenos prójimos con todos los que entremos en contacto.

9) *Una iglesia*

Como las primeras iglesias, ésta es una congregación independiente. No tenemos arzobispo, «siervo fiel y discreto», papa o superintendente denominacional o una central para determinar las políticas a seguir. Elegimos nuestros propios dirigentes como congregación, designamos y apoyamos a nuestros ministros, decidimos donde irá nuestro dinero para misiones y en cada paso determinamos el programa de la iglesia. Tampoco somos demasiado independientes como para no cooperar con otros. Nos asociamos libremente con otras congregaciones y cristianos que comparten nuestras convicciones. Reconocemos que solos no podemos llevar a cabo un programa misionero eficiente, por ejemplo, cooperamos con otras iglesias sosteniendo tanto a sus misioneros como sus causas misioneras que merecen el dinero. En este sentido somos una iglesia interdependiente, mas no totalmente independiente.

10) *Una iglesia que crece*

Queremos crecer en número, porque estamos bajo el mandato de Cristo de discipular a todo el mundo. Queremos crecer espiritualmente, porque sabemos que todavía no hemos alcanzado todo lo que Cristo quiere de nosotros. Queremos crecer como individuos, porque el cristiano que se ha detenido en el desarrollo de su servicio y amor por Cristo ha perdido el gozo de su salvación. Queremos crecer en fe, porque Jesús prometió que aquellos que verdaderamente creen en él pueden pedir cualquier cosa y la recibirán. Queremos poder pedir mucho y así hacer mucho y, por ende, ayudar a que su voluntad sea hecha «como en el cielo, así también en la tierra» (Mateo 6:10).